

1 Juventud en Extasis

CAPITULO 4 - "VIVE LA VIDA MIENTRAS SEAS JOVEN".

Salí del consultorio una hora después. Frente a una humeante taza de café la chica de la entrada aguardaba que el médico terminara su última consulta para poder retirarse. Pagué los honorarios fingiendo premura y quise huir del lugar inmediatamente, deseoso de que no se fijara mucho en mí. —¿Tu próxima cita para qué día la anoto? —preguntó cuando ya me escabullía. Di la vuelta nervioso, con la cabeza agachada, pero al hacerlo derramé café sobre el escritorio. "¡Estúpido, estúpido!", me dije una y otra vez conduciendo el automóvil de regreso a casa. Extraje un cassette de la cajuela de guantes y con violencia lo introduje al aparato de sonido. Había una larga fila de vehículos delante del mío. Los coches avanzaron tres metros. Traté de calmarme. Aceleré dos segundos y volví a frenar cooperando con la lenta,desesperante, procesión de la autopista. Miré el reloj sin poder reprimir un largo suspiro. A ese paso tardaría más de cincuenta minutos en llegar a casa. Pero estaba bien. Necesitaba tiempo para meditar. Comenzó a escucharse música electrónica ambiental. Traté de reconstruir en mi mente lo sucedido esa tarde. Todo era digno de análisis. Desde las extrañas recomendaciones del médico hasta el penoso accidente del café. —¿Duele? —Mucho —contesté. El doctor, con guantes y algodón en mano, agachado trataba de identificar la naturaleza de mis llagas que, por cierto, se hacían cada vez más intolerables. Las pústulas habían reventado la epidermis y supuraban un líquido blancuzco. Eché un vistazo con cierta repugnancia. ¿Por qué me había pasado esto? La piel enrojecida en toda la zona parecía a punto de reventar y, después de ser apretada por los dedos del terapeuta, las gotas de pus corrían hacia abajo, dejando unos hilillos brillantes antes de perderse entre la vellosidad. —¿Sabe qué tengo, doctor? —Sí... aunque parece que esto es obra de dos o más microorganismos distintos. —¡Maldición! —espeté. —¿Quién te contagió? —No lo sé. Pudo haber sido una prostituta hace tres meses o alguna de las chicas con las que he tenido sexo los últimos días. El doctor Marín movió la cabeza. —Debes informar a tus amigas para que se revisen... y procurar tener una vida sexual más moderada. Su comentario me incomodó. —Mi vida sexual es perfectamente normal —respondí—. Todos los jóvenes llevamos una similar. —¿Y por qué? Me encogí de hombros sin ganas de discutir eso. —¿Sólo por placer? —insistió el hombre. —En parte —contesté—. Aunque creo que nuestra verdadera meta es aprender. Todos sabemos que debemos adquirir suficiente experiencia mientras seamos solteros para poder satisfacer a nuestras parejas en el futuro. Me miró con fijeza y cruzó las manos sobre su carpeta haciendo una pausa en la redacción de mi historia clínica. El repentino interés que adiviné en su rostro me dio ánimo para alzar la voz: —Las mujeres también se "entrenan" intensamente. Ninguna quiere llegar con los ojos vendados al matrimonio, como ocurría antaño. Además, existe una enorme competencia entre amigos respecto a quién es mejor en la cama y sólo un tonto se quedaría atrás mientras los demás se superan. El doctor Asaf Marín bajo la vista sonriendo en ademán de desacuerdo. Se tomó su tiempo para responder, pero cuando lo hizo me dio la impresión de estar verdaderamente preocupado por el giro que había tomado la conversación. —Efrén, ¿tú sabes cuál es mi especialidad? —En su tarjeta dice "Disfunciones sexuales". —¿Y sabes qué es eso? Lo suponía, pero preferí quedarme callado. —Doy tratamiento a parejas que no se acoplan sexualmente. Todos los días, desde hace muchos años, escucho diferentes historias de hombres que no satisfacen a sus mujeres y viceversa. Ahora, entiende lo que te voy a decir: en gran cantidad de esos casos el problema radica precisamente en eventos traumáticos de la juventud. Ladeé la cabeza no dispuesto a dejarme impresionar. —De acuerdo —contesté impertérrito—, pero usted es científico y no puede estar en contra del aprendizaje. Querer saber más nunca podrá ser un "evento traumático". —¿Saber más? ¿No sabes lo suficiente? ¿Quieres aprender? ¿Aprender qué...? ¿A insensibilizarte? ¿A ver a tu pareja como un objeto didáctico? ¿A memorizar técnicas calculadas y frías...? ¿Para tener relaciones sexuales no se necesita saber, muchacho; se necesita sentir...! Así de simple. Los hombres que miden cada movimiento y evalúan todas las reacciones de su compañera son los peores amantes. Cuantos más episodios carnales protagonices sin amor, más te endurecerás, y en el futuro te será imposible experimentar la belleza de una pasión. No sé si me entiendas, pero muchos de mis pacientes conocen técnicas sexuales sofisticadas, tienen esa "sapiencia" de la que me hablas, pero han perdido la capacidad de sensibilizarse, de emocionarse. Toda su pericia les ha servido sólo para mecanizar un acto que debería estar lleno de espontaneidad, ardor y vida... Tardé unos segundos en contestar. Mi voz sonó menos altiva pero aún enérgica: —A las mujeres les gusta acostarse con hombres diestros. Ellas valoran mucho nuestra experiencia. —Eso es un mito. —¡Es verdad! —Pues temo decirte que estás en un grave error. Las mujeres que se entregan totalmente a un hombre lo hacen buscando una entrega igual. Si eres capaz de hablarle con el corazón a tu pareja, si puedes ser cortés y considerado,

si sabes, en suma, hacerla sentir como una dama, podrás llevarla al éxtasis más fácilmente que si conoces al dedillo, por ejemplo, el difícil arte del sexo oral y quieres aplicarlo con ella de manera presuntuosa. El hecho de que un hombre se haya acostado con muchas mujeres no indica que sea un buen amante. Al contrario. Las aventuras sexuales del pasado se graban en la mente como recuerdos. Yo los llamo "basura de reminiscencia". Es basura porque estorba y a veces apesta. La cantidad de episodios no significa necesariamente calidad. Me quedé callado durante unos segundos. Los argumentos del médico eran demasiado contundentes para rebatir a la ligera, pero yo estaba convencido de que las ideas de continencia no provenían sino de prejuicios sociales y santurronería religiosa. Además, yo era diestro en convencer muchachas. ¡Tenía que decir algo! —Sin embargo —retomé tomando aire—, a todos los varones se nos recomienda "vivir la vida" mientras somos jóvenes. Las mismas mujeres no quieren correr el riesgo de unirse a un tipo inmaduro que no conoció el mundo y que ya casado pueda desear conocerlo. Los hombres que están hartos de sexo y parranda son los mejores maridos pues ya lo han vivido todo. —Este punto es otro mito social —contestó inmediatamente el doctor, con tal convicción y energía que me dejó pasmado—. Las familias estables jamás se fundamentan en parrandas previas. Al contrario. Un hombre acostumbrado a la juerga es más propenso a seguir en ella después de casado. La sangre me enrojeció el rostro como si estuviese frente a un agresor propuesto a echarme en cara que mi vida entera era un error. —Yo sigo pensando —contesté mordiendo las palabras— que un hombre casto, ignorante de las mujeres, tarde o temprano le será infiel a su esposa para saciar su curiosidad en otras —Es posible —admitió—, pero no lo tomes como una regla. Para ilustrar mejor lo que quiero decirte te voy a exponer el caso que tuve hace poco con dos pacientes varones. Ambos comenzaron a tener discusiones muy serias con sus esposas después de unos meses de haberse casado. Uno de ellos en su soltería perteneció a pandillas, fue un experto seductor, visitaba con frecuencia los bares y cantinas. El otro se dedicó al estudio y al deporte; además, durante muchos años tocó la guitarra con sus amigos bohemios y en ocasiones lo hizo también para la iglesia local. Posteriormente, en sus peleas matrimoniales, los hombres se alteraban tanto que más de una vez llegaron al grado de salirse de sus casas furiosos. ¿Adonde crees que se dirigía uno y otro? Como es evidente, el primero acudía a las prostitutas, se ahogaba en licor y no regresaba con su esposa sino varios días después. En cambio el segundo corría por las calles amainando su coraje con ejercicio y a veces se refugiaba en la quietud de un templo para reflexionar y recuperar la calma. Son casos extremos, pero reales. A mí me consta. Si vives antes de casarte de manera equilibrada, divirtiéndote pero limpiamente y con medida, es muy difícil que después de unirse a una mujer te corrompas. Y, por el contrario, si vives en desenfreno insano, cuando se presenten los problemas maritales tendrás la tendencia a huir por la puerta falsa del libertinaje. En los países desarrollados el ambiente juvenil se ha degradado tanto que ya es muy difícil hallar matrimonios jóvenes exitosos; los muchachos se acostumbran a tal depravación y desvergüenza que después de casarse, como es lógico, no logran superar sus hábitos promiscuos. Ahora te pregunto: ¿cuál de mis dos pacientes crees que salvó su hogar? ¿El que parrandó de joven o el que tuvo una vida ordenada? La respuesta era tan obvia que me negué a contestarla. Eso cambiaba de manera importante el panorama de mis posibles decisiones futuras. —Recomendarle a un muchacho que "viva la vida" antes de casarse —remató al verme callado—, en el sentido de que se harte de placeres probando de todo, es tan absurdo como sugerirle a alguien que beba alcohol una y otra vez para que después del matrimonio ya no sienta la curiosidad de embriagarse. ¿Crees tú que esto funcionaría? Moví la cabeza negativamente. —El que se ha hecho esclavo de una adicción no se librará de ella sólo por firmar un contrato. —¿Podría decirse entonces —pregunté tratando de adherirme a la idea de que no todos mis juicios podían haber estado mal— que el sexo sin amor es un vicio y que abusar de él puede condicionar al cuerpo a dosis cada vez mayores, como ocurre con las drogas? —Es una forma muy buena de explicarlo. Pero el problema no termina ahí. Los varones que han abusado del sexo suelen estar tan acostumbrados a pensar sensualmente que se excitan con facilidad ante cualquier estímulo y buscan su satisfacción una y otra vez sin importarles lo que opine la mujer. Y no porque sean egoístas, sino porque su cuerpo así se lo exige. Ese requerimiento físico lleva más fácilmente a la infidelidad matrimonial que el hecho de no haber conocido mujeres anteriormente, como dijiste tú. Sentí un calor bochornoso y una ligera falta de aire. Me abaniqué con la mano. Tuve deseos de salir para no pensar más en el asunto. —Sin embargo —dije con una voz mucho más apocada—, a ellas les agrada que el hombre dé la pauta, les gusta ser enseñadas, dirigidas, y si éste llega al matrimonio sin conocer siquiera la anatomía de la mujer, ¿cómo va a conseguir hacer bien su papel? —El varón no puede darse el lujo de ser ignorante, eso es verdad; debe leer e instruirse, pero sobre todo debe estar siempre consciente de su condición de caballero para tomar la iniciativa. Lo demás no necesita escuela. Es algo natural. Experimentar el sexo por primera vez es como ir a Disneylandia por primera vez: todo es fascinante, todo

lo disfrutas intensamente, todo es motivo de investigación y entusiasmo. Si lo haces con alguien a quien amas, las emociones vividas irán sin basura, serán genuinas, de ustedes dos, ¿me entiendes? En cambio, si has ido a Disneylandia treinta veces, acompañado de treinta personas diferentes, y por último acudes con tu mujer definitiva, el suceso será muy distinto: le indicarás a qué juego subirse, en qué fila formarse y hacia dónde mirar. Tu ventaja quizá le ayude a ella en cierto aspecto y a ti te haga parecer superior, pero como pareja no sentirán complicidad ni confianza mutua. Las personas se unen en amor verdaderamente sólo cuando aprenden juntas, cuando comparten acontecimientos trascendentes para ambos, y no cuando uno le demuestra al otro su experiencia... Agaché la cabeza sintiéndome aplastado por tan incontrovertibles juicios. Luego me invadió el enojo. Había venido buscando la cura de una infección genital y el doctorzuchito parecía más interesado en curar mi alma. Repentinamente una idea astuta me hizo recuperar el ánimo. —Tal vez funcione cuando ambos son primerizos. Pero, ¿qué pasa si el hombre cándido e idealista se espera para ir a Disneylandia con su "princesa" y se da cuenta, después, de que ella fue ya treinta veces antes que él? Yo lo siento mucho pero no voy a arriesgarme a ser el idiota que necesite ser enseñado por una mujer experta. —Por supuesto —me respondió sin ocultar un dejo de molestia en su tono—. Si piensas casarte con una loba sexual, te recomiendo que salgas a la calle ahora mismo a buscar las más pedagógicas experiencias; debes estar preparado por si tu mujer te aplica una llave erótica o te muerde en el sitio recóndito que enloquecía a su amante anterior. No pude evitar sonreír, aunque me sentí un poco agredido. —No bromea, doctor. —No bromees tú. Los hombres jóvenes aprecian mucho más la pureza de lo que están dispuestos a aceptar; si aspiras a hallar una compañera respetable, ¿cuál es la urgencia por adelantártele? Aprende a esperar por ella. Vive la vida intensamente en el aspecto sexual, y en todos los demás, pero a su lado; partan el pastel unidos y cómanselo a la vez. —Eso suena muy hermoso —me reí de él—, sólo que está fuera de época. ¡Ya no existen mujeres respetables, doctor! Había metido un gol, y lo sabía. De haber estado presentes mis amigos hubieran aplaudido. Sin embargo, al médico no pareció inmutarle mi sarcástica expresión de alegría; alzó la voz como la autoridad que era y espetó: —Ése es otro gran mito social, amigo. Existen toda clase de mujeres y cada quien se enlaza a aquélla con cuyos valores se identifica. Los jóvenes como tú es obvio que terminen uniéndose a una chica experimentada. No te molestará al principio, pero después de la luna de miel, en cuanto te adentres con ella en la difícil convivencia real, estarás expuesto a los celos retrospectivos. Aunque intentes controlarlos, tu naturaleza masculina los aflorará una y otra vez. Tal vez nunca lo confieses, pero te atormentarás al imaginar las jugosas experiencias sexuales que vivió tu esposa con otros y pensarás mil tonterías, tales como "¿en brazos de quién habrá tenido sus primeras (y más emocionantes) relaciones?", "¿no recordará al tocar mi cuerpo el de otro hombre que la hizo vibrar antes que yo?" Pensamientos absurdos pero dolorosos, a los que muchos varones nunca llegan a acostumbrarse. —Vamos, doctor, éstos me parecen verdaderos casos de enfermedad psíquica. —Llámalos como quieras, Efrén, pero no te imaginas lo frecuentes que son... Aún no alcanzaba a comprender por qué me molestaban tanto sus contundentes comentarios. Agaché la cabeza esforzándome por extraer de mi banco de memoria alguno de los muchos argumentos con los que convencía a las chicas. Solía decirles: "No hay nada de especial en entregar el cuerpo antes o después. La libertad sexual es parte de la vida moderna y las personas inteligentes, sin complejos, la aceptan". —¿Está usted diciendo que la virginidad es el sello de garantía? —pregunté como último recurso en son de burla—. Ésas son ideas antediluvianas, doctor. —No trates de salirte por la tangente, mi amigo. Nadie dijo eso de la virginidad. Hay hímenes tan duros que es materialmente imposible penetrarlos; los hay tan elásticos que han resistido una vida sexual activa sin romperse; algunos se rasgan con facilidad (incluso con ejercicios leves), éstos sangran al partirse, aquéllos no; mientras unos producen dolor, otros ni siquiera dan señas en su ruptura. Darle importancia a esa membranilla sí es antediluviano, porque la entereza de una persona, hombre o mujer, no se mide con fronteras físicas, sino con lineamientos mentales. Camino a casa decidí que, al menos mientras me curaba de mi enfermedad, me daría unas vacaciones en el deporte de "cazar chicas" para reflexionar. No me percaté de que estaba a punto de finalizar mi recorrido de regreso. —Mucho me temo —le dije al doctor para dar por terminada la discusión— que hay pocas personas que piensan como usted. Además, con esto de los anticonceptivos y el aborto, el sexo se ha convertido en algo muy practicado. —Los anticonceptivos son una cosa y el aborto es otra ¿Tú permitirías que una de tus amantes abortara un hijo tuyo? —¿Por qué no? Si el niño debiera sufrir maltratos y privaciones por ser indeseado, sería preferible que no naciera. El doctor Asaf Marín se limitó a asentir. Tomó una receta y escribió sus recomendaciones. —Hazte los análisis el lunes a primera hora y ven a verme el martes con los resultados. Por lo pronto aplícate esta pomada en la zona irritada. —¿Es grave lo que tengo? —Seguramente se trata de herpes, pero necesito los resultados para diagnosticar en forma completa. —¿Herpes? Leí que es una enfermedad incurable y

recurrente. —Sí, pero podemos controlarla bastante bien y, comparada con otra, es prácticamente inocua. Nos pusimos de pie para despedirnos. —Tengo aquí una película que me gustaría que vieras —me dijo abriendo el cajón de su escritorio y extrayendo una cinta—. Es sobre el último comentario que me hiciste. Me gustaría oír tu opinión después de que la veas. —¿Sobre el aborto? —me encogí de hombros—. Es inútil, doctor. Tengo ideas perfectamente claras al respecto y nada ni nadie me hará cambiar de opinión. —No pretendo que cambies tus ideas, sólo te pido que veas la película. —De acuerdo —la tome—. Gracias... Entré a las calles de mi colonia y encendí la radio en una estación moderna. Cuando llegué a mi casa me quedé frío y apagué la música inmediatamente. Joana estaba de pie, en la puerta, esperándome.

CAPITULO 5- EL BORTO —Hola —dije, fingiendo espontaneidad—. No sabía que ibas a venir. Me miró asintiendo muy lentamente con un gesto de franca desconfianza. Intenté darle un beso en la mejilla, pero levantó la mano para impedirlo. —¿Estás enojada? —¿Cómo quieres que esté? —Discúlpame por la llamada de hoy. En cuanto comencé a sentir molestias pensé en comunicarme contigo. A mi parecer fue lo más honesto... Joana endureció aún más su postura. —¿A las amigas que te infectaron también solías dibujarlas en la clase? Agaché la vista avergonzado. —¿De qué me contagiaste, Efrén? —No te contagié de nada. Quiero decir, las posibilidades son muy remotas, según leí, porque anoche todavía no me había brotado el absceso. —¿De qué estás enfermo? —Es algo muy común, una simple infección cutánea que se cura con pomadas; aunque insisto, no debes preocuparte —casi me mordí la lengua al mentir. A esas alturas el escozor era tan intenso que apenas me permitía caminar. —¿Por qué no me lo dijiste de esa forma en la mañana? Tuve la impresión de que me habías transmitido algo muy grave deliberadamente y te estabas burlando de mí... Me acerqué y la abracé, pero de inmediato noté un olor desagradable en su piel o en su aliento y me separé incómodo. —En realidad no vine únicamente a reclamar —aclaró—, sino a pedirte ayuda, protección. —¿Protección? —Se trata de Joaquín. Últimamente no deja de molestarme. Mis papas dijeron que anoche, mientras anduve contigo, estuvo esperándome frente a mi casa. Hace un rato volvió a buscarme, parecía un maniático. Dijo que me deseaba, que estaba dispuesto a todo por poseerme. Le tengo miedo. No sé cómo pude enamorarme de un sujeto como él. Ahora no logro quitármelo de encima... Se ha vuelto muy agresivo, como si durante todo nuestro noviazgo hubiese fingido un papel de caballero para... —¿Para...? —Para que me acostara con él... Me quedé callado asintiendo en mi interior. Era muy lógico. Los hombres, después de tener relaciones sexuales con una mujer de quien no estamos enamorados, solemos sentir un mayor deseo por ella y un menor respeto. Yo mismo ya no veía a Joana de la misma forma; la enaltecí y admiré varios meses, durante la fiesta de la víspera se convirtió en mi sueño dorado, en la cenicienta por la que un hombre es capaz de tornarse príncipe, y ahora, después de lo ocurrido, se había vuelto ante mis ojos una simple muchachita casquivana a quien no me costaría trabajo volver a seducir. Los hombres sabemos que es más fácil seguir satisfaciendo nuestra libido con una mujer "degustada" anteriormente que iniciar una nueva conquista desde el principio. —¿Has visto alguna de esas películas en la que el marido tiene una aventura amorosa con una mujer malvada? —le pregunté. —¿Y que después usa el chantaje para hacerle ver su suerte a él y a su familia? Sí. He visto varias. —¿Recuerdas lo agradable que parecía comerse la fruta prohibida? ¿Recuerdas lo emocionante, lo excitante, de entregarse con esa pasión? ¿Y recuerdas la pesadilla posterior? Cuando tenemos sexo de manera liviana no sabemos con quién lo hacemos. Tú misma llegaste a pensar que yo quise hacerte un daño intencional para vengarme de algo, desconfiaste con justa razón. Los aficionados a las aventuras sexuales fáciles podemos llevarnos desagradables sorpresas porque quienes se prestan para nuestro juego eventualmente tienen traumas, complejos o intenciones diferentes a las puramente carnales. Al momento del cortejo las personas usan su mejor máscara para salirse con la suya, pero nunca se sabe, sino hasta mucho tiempo después, la verdadera clase de individuo que había detrás del antifaz. Me sorprendí de los conceptos que estaba externando. Eran casi una confesión. Yo solía actuar así y expresarlo con palabras significaba una fuerte señal de alarma no sólo para la chica sino, sobre todo, para mí. —Sin embargo, hay algo todavía más importante, Joana —continué—. Cualquier hombre, después de acostarse contigo, se sentirá con ciertos derechos sobre tu persona, te verá un poco como de su propiedad y, aun cuando ya no quieras saber nada de él, te seguirá deseando y persiguiendo. —¿Esto te incluye a ti? —Sí. Por desgracia —sonreí maliciosamente—. Pero ahora ya lo sabes y estás a tiempo de correr... —No juegues, Efrén—se acercó—. Realmente necesito que me ayudes y protejas... Me miró a la cara como esperando que la besara pero inmediatamente percibí cierta fetidez emanando de su boca. Había algo diferente en ella, algo que no noté ayer, pero que definitivamente hoy me causaba repulsión. Yo medía más de un metro ochenta de estatura y ella parecía casi tan alta como yo. Al verme titubear, recargó su cuerpo en el mío. La abracé mecánicamente. ¿Quién era realmente Joana? ¿Qué quería de mí? Su conducta parecía demasiado

extraña para ser normal y una pregunta comenzó a flotar en mi mente antes de que me percatara de lo más grave. ¿Había caído en mis redes como supuse anoche o fui yo quien caí en las suyas...? Entonces ocurrió. Hice a un lado la cara para intentar separarme y al hacerlo sentí que la sangre se me detenía en las venas. En mi mente se dibujó vividamente una de las ilustraciones del libro de enfermedades venéreas. En el cuello de la muchacha había infinidad de pequeñas manchitas rosas, como las que se presentan en la piel de las personas que padecen sífilis tardía. Entre a mi casa agitado y subí la escalera llevando bajo el brazo la cinta sobre el aborto. —¿Dónde andabas? —preguntó mamá cuando me acerqué a darle un beso. —Con mis amigos. —Te ha estado llamando una tal Joana. Me dijo que le urgía mucho hablarte. Me dejó su número. —Gracias, mami. ¡Ah!, quería pedirte prestada la videocasetera de tu recámara para ver una película. —Claro. Tómala. Antes de abandonar el estudio de mi madre miré el libro sobre infecciones de transmisión sexual que había dejado en su sitio ligeramente salido de los demás. —¿Te ocurre algo? —No, no. Sólo pensaba que trabajas demasiado. ¿Haces otra traducción? —Sí. Los gastos de la casa son cada vez mayores. Me mordí el labio inferior y evadí su comentario dándole las buenas noches. Cerré la habitación con llave tratando de apaciguar mi revolución mental y al conectar el aparato a la televisión portátil me di cuenta de que temblaba. Había entrado a un cierto estado de enajenación sexual. Sentía avidez por saber todo lo referente a mi deporte favorito y el tema del aborto, que, aunque se relacionaba sólo indirectamente, me causaba una gran angustia. Aparecieron en la pantalla las letras que anunciaban la obra. American Portrait Films presentaba El grito silencioso, por el Dr. Bernard N. Nathanson. Me sorprendió ver que el protagonista era un médico ginecoobstetra que después de haber fundado una de las clínicas para abortos más grandes del mundo, practicado con su propia mano más de cinco mil abortos y cofundado la Liga Nacional para el Derecho del Aborto en Estados Unidos, en la actualidad se dedicaba a prevenir a la gente sobre la crueldad de esa práctica. Su cambio radical se debió a que ahora la medicina cuenta con recursos sofisticados, como la ecografía ultrasónica, la inspección cardíaca del embrión por medios electrónicos, la estreostocopia citológica, la inmunoquímica de rayos láser y muchos otros, con los que se ha logrado penetrar hasta el mundo del nonato y entender, a ciencia cierta, que el feto es un ser humano completo, cuyo corazón late, poseedor de ondas cerebrales como las de cualquier individuo pensante, capaz de sentir dolor físico y reaccionar con emociones de tristeza, alegría, angustia o ira. Comenzaron a verse escenas asombrosamente realistas filmadas en el interior del útero de una mujer, usando un aparato de fibra óptica llamado fetoscopio. Destacaban con increíble nitidez la fisonomía del pequeño, sus pies, sus ojos, su boca, su posición encorvada, su piel suave y delicada. Las imágenes no dejaban duda alguna de que entre ese "producto" y un ser humano completo, con garantías individuales y protegido por las leyes, no había ninguna disimilitud dramática, excepto el tamaño. Puse una pausa para considerar la posibilidad de seguir viendo la película o retirarla de una vez. Tenía importantes razones para estar a favor del aborto; no quería cambiar mi postura respecto a él y sospechaba que de continuar la sesión me encontraría con serios problemas de equilibrio ideológico. Comprendía, sin embargo, que no era coherente tener ideas tan firmes respecto a algo que en realidad desconocía. Quitó la pausa. El feto flota en su ambiente acuoso, juega con el cordón umbilical y luego se lleva el pulgar a la boca. Succionando su dedo, traga un poco de líquido amniótico. Le sobreviene un ataque de hipo. Siente la mano de su madre que soba el vientre. Patea la mano. Percibe la risa de su mamá como un rumor sordo. Nota cómo ella le devuelve el golpecito y vuelve a patear. Al poco rato pierde interés en el juego y se queda dormido. El doctor Nathanson menciona que en la actualidad puede considerarse al nonato como un paciente más, y que la ética elemental dicta al médico preservar la vida de sus pacientes. —Ahora veremos por primera vez —dice—, a través de las modernas imágenes ultrasónicas, lo que hace el aborto a nuestro pequeño paciente. Presenciaremos lo que ocurre dentro de la madre, desde el punto de vista de la víctima. La operación comienza. Alternativamente se ven las imágenes de cuanto realizan los médicos fuera y lo que pasa adentro. El abortista coloca el espéculo en la vagina de la mujer para abrirla y visualizar el cuello uterino. Inserta el tenáculo y lo fija. Mide con una sonda la profundidad del útero y aplica los dilatadores hasta que el camino está listo para introducir el tubo succionador. Mientras, en la pantalla ultrasónica se ve al feto moverse normalmente, serenamente; su corazón late a 140 por minuto; está dormido, chupándose el pulgar de la mano izquierda. Repentinamente despierta con una simultánea descarga de adrenalina. Ha percibido algo extraño. Se queda quieto, como si se agudizaran sus sentidos para entender lo que está sucediendo fuera. El aparato ultrasónico capta la imagen de la manguera succionadora abriéndose paso a través del cuello con movimientos oscilantes, hasta que se detiene tocando la bolsa amniótica. Entonces la enorme presión negativa (55 mm de mercurio) rompe la membrana de las aguas y el líquido, donde flotaba el niño, comienza a salir. En ese preciso instante el pequeño rompe a llorar. Pero su llanto desesperado y

profuso no puede oírse en el exterior. Inicia giros rápidos tratando de huir de eso extraño que amenaza con destruirlo. Su ritmo cardíaco sobrepasa los 200 latidos; sigue llorando, su boca se mueve dramáticamente y hay un momento en el que queda totalmente abierta. Los aparatos detectan un grito que nadie puede escuchar. Los violentos movimientos del producto provocan que constantemente se salga de foco. Puede observarse a la perfección la forma en que trata de escapar, convulsionándose para evitar el contacto con el tubo letal, pero su espacio es reducido y el agresor lleva todas las de ganar. Finalmente la punta de succión se adhiere a una de sus piernitas y ésta es desprendida de un tajo. Mutilado, sigue moviéndose cada vez con menor rapidez en un medio antes líquido y ahora seco. La punta del aspirador nuevamente trata de alcanzarlo; los médicos la introducen buscando a ciegas; les da lo mismo arrancar otra pierna, un brazo o parte del tronco; para el asesinato en sí no existe ningún procedimiento técnico. El producto sigue llorando en una agonía impresionante que nunca antes había sido posible contemplar. El tubo vuelve a alcanzarlo, esta vez enganchándose en un bracito que también es desprendido. Negándose a morir, el cuerpecito desgarrado sigue sacudiéndose. La manguera jala el tronco tratando de arrancarlo de la cabeza. Al fin lo logra. El desmembramiento es total. Entre el abortista y el anestesista se utiliza un lenguaje en clave para ocultar la triste realidad de lo que está sucediendo. —¿Ya salió el número uno? —pregunta el anestesista refiriéndose a la cabeza. Ésta es demasiado grande para ser succionada por la manguera, de modo que el abortista introduce los llamados fórceps de pólipo en la madre. Sujeta el cráneo del pequeño y lo aplasta usando las poderosas pinzas. La cabeza, con todo su contenido, explota como una nuez y los restos son extraídos minuciosamente. El recipiente del succionador termina de llenarse con los últimos fragmentos de sangre, hueso y tejido humano del recién asesinado. La embarazada que permitió que la filmaran era una activista de los derechos de la mujer. Cuando vio la grabación quedó tan impresionada y triste que se retiró de su grupo para siempre. El médico que practicó la operación era un joven que, a pesar de su juventud, había realizado más de tres mil abortos. Cuando pudo observar con los modernos aparatos lo que sucedía realmente en el interior de la madre, se retiró de su actividad con un remordimiento demoledor. Por mi parte, no soporté más y adelanté la cinta. Las escenas posteriores eran mucho más desagradables. Se trataba de otro tipo de aborto, un legrado visto desde fuera. Podía observarse la gran cantidad de sangre y líquido mezclado con pedazos de feto saliendo de entre las piernas de la madre. Finalmente, la cabeza completa. Apagué el televisor y me dirigí al baño. Estuve inclinado en el lavabo durante varios minutos. Al salir volví a encender el aparato y con cautela adelanté la película hasta el sitio en que ya no había más tomas reales. Los protagonistas comentaban: —"En Estados Unidos se calcula que antes de que esta práctica se autorizara había cerca de cien mil abortos ilegales anualmente y diez años después se registraban más de un millón y medio. Considerando que por cada aborto se cobra de trescientos a cuatrocientos dólares, tenemos una industria que por sus ingresos (de quinientos a seiscientos millones de dólares) figura entre las más poderosas y lucrativas del mundo. Lo anterior ha hecho que la millonada mafia oculta detrás de este teatro del crimen promueva los movimientos feministas y consiga bloquear gran parte de la información referente a lo que realmente es un aborto. Millones de mujeres han sufrido perforación, infección o destrucción de sus órganos reproductores como resultado de una operación de la que no estaban bien informadas. ¡La operación más frecuente en los países desarrollados nunca ha sido transmitida por televisión cuando, por ejemplo, los trasplantes cardíacos o de córneas, que son raros, se muestran al público orgullosamente! Y, por desgracia, se cree que la cantidad de abortos seguirá creciendo, pues la mayoría de la gente es perezosa para instruirse y actúa sin saber lo que hace. Éste es un camino fácil que permite a las personas ignorantes seguir ejerciendo libre e irresponsablemente su sexualidad. Pero los jóvenes instruidos no pueden estar a favor de algo así, no pueden ni siquiera mostrarse neutrales, pues la neutralidad sólo ayuda al agresor." Posteriormente se presentaban dramáticos testimonios reales de mujeres que abortaron. La mayoría de ellas manifestaba preocupación, recuerdos penosos, pesadillas posteriores, visitaciones y alucinaciones del niño abortado. No lo soporté más. Apagué el televisor hecho un mar de confusión. ¿Cómo había permanecido tanto tiempo apoyando algo así? No tuve la menor duda de que el origen de todos los pecados del hombre está en la ignorancia. Hasta los mismos médicos abortistas practican su labor con una venda en los ojos oliendo el delicioso aroma del dinero. Pero el hombre no es malo cuando sabe. Es malo por ignorante... Sentí unas ganas terribles de meterme entre las cobijas y llorar. Hacía apenas unos seis meses había pedido un préstamo a mi madre diciéndole que era una cuota que exigía la Universidad. Se lo di a mi ex novia, Jessica... para que abortara un hijo mío...

article [utf8]inputenc listings

Código para Calcular la Entropía de Shannon

Código en C

```
include <stdio.h> include <math.h> include <string.h>
define MAX_LENGTH 10000 // Longitud máxima del texto
// Función para calcular la entropía de Shannon double calcularEntropia(char *texto) int frecuencia[256]
= 0; // Array para contar la frecuencia de cada símbolo double probabilidad[256] = 0; // Array para
almacenar la probabilidad de cada símbolo int longitud = strlen(texto); double entropia = 0.0;
// Contar la frecuencia de cada símbolo en el texto for (int i = 0; i < longitud; i++) frecuencia[(unsigned
char)texto[i]]++;
// Calcular la probabilidad de cada símbolo y la entropía for (int i = 0; i < 256; i++) if (frecuencia[i] >
0) probabilidad[i] = (double)frecuencia[i] / longitud; entropia -= probabilidad[i] * log2(probabilidad[i]);
return entropia;
int main() char texto[MAX_LENGTH];
printf("Ingrese el texto para calcular la entropía de Shannon:");
fgets(texto, sizeof(texto), stdin);
double entropia = calcularEntropia(texto);
printf("La entropía de Shannon del texto es:
return 0;
```